

La figura de la “mujer fatal” como desafío clasificatorio: un ejemplo del poder de la metáfora

M-Dolores Clemente-Fernández

Licenciada en Bellas Artes y Doctora en Comunicación Audiovisual (UCM).

Cursando Grado en Antropología Social y Cultural (UNED).

mcclemente122@alumno.uned.es

Resumen: En esta comunicación se reflexiona acerca del poder de las metáforas en la construcción de estereotipos y de roles de género a través del análisis de una metáfora concreta: "la mujer es un animal". Las metáforas animalizadoras conforman universos simbólicos en los que el término "mujer" es conceptualizado mediante la aplicación de clichés asociados a las relaciones con otros animales, de tal manera que se dificulta su categorización dentro de "lo humano". Este es el caso de algunas producciones visuales de finales del siglo XIX y de principios del XX, en las que la iconografía de la "mujer fatal" se pone en consonancia con el biosexismo de la época. La "maldad femenina" es representada mediante mujeres monstruosas, depredadoras o que se comportan como una plaga, mientras que la virtud se traduce en términos de "domesticidad".

Palabras clave: metáfora animalizadora, *femme fatale*, *new woman*, monstruo femenino, domesticidad.

La premisa del libro *Metáforas de la vida cotidiana* (publicado en 1980) es que las metáforas "importan" porque construyen visiones del mundo. Esto es aplicable a muchos niveles: Lakoff y Johnson reflexionan sobre sus implicaciones en ámbitos diversos como el estudio de la cognición humana, la lingüística, la filosofía, las ciencias sociales, la economía o la política, algunas de las cuales han sido desarrolladas en trabajos posteriores como *Filosofía en la carne* (otra colaboración de los dos autores), *Women, Fire and Dangerous Things* y *No pienses en un elefante: Lenguaje y debate político* (estas dos obras de Lakoff). Frente a los planteamientos tradicionales acerca de la metáfora, su

enfoque se opone a la visión del lenguaje como mero instrumento para describir la realidad y comunicar información, insertándose en la corriente que Taylor (2017) denomina expresiva o constitutiva, que otorga a la palabra la capacidad de construir mundos. En su Epílogo de 2003, Lakoff y Johnson inciden en lo ambicioso de su propuesta: la metáfora excede lo lingüístico porque tiene una naturaleza conceptual, forma parte del pensamiento y de la acción humanos, lo que apunta a que la naturaleza misma de la cognición es de carácter metafórico.

Las metáforas extienden tramas que estructuran nuestras maneras de pensar, de sentir y de hacer, nuestra forma de movernos y de actuar en el mundo cada día. En este texto se analizarán sus efectos en el dominio relativo a las concepciones de los géneros y sus relaciones, la asignación de roles y la construcción de estereotipos. Lakoff y Johnson no desarrollan este tema, aunque apuntan que la categorización de experiencias como “relaciones amorosas” puede variar enormemente en función de la estructuración metafórica del concepto “amor”: en términos de “locura”, de “magia”, de “una guerra” o de “una obra de arte en colaboración”. La metáfora del amor como “una guerra” proyectará, por ejemplo, una narrativa sobre el noviazgo o el matrimonio muy diferente que la metáfora de la “obra de arte colaborativa”, ya que en el primer caso pueden incluirse dentro del “normal” transcurso de un enamoramiento elementos como la hostilidad o la violencia, que serían impensables en el segundo. Claro que como dominio, la construcción de género resulta un campo demasiado amplio que debe estudiarse de forma contextualizada. Según Lakoff y Johnson las expresiones metafóricas se fijan mediante la convención, por lo que cambian a lo largo del tiempo; es por ello que distinguen entre metáforas “nuevas”, “convencionales” y “fósiles”, aunque no entra en sus intenciones efectuar análisis históricos de las metáforas desarrolladas en su argumentación. En la Introducción a la edición de Cátedra, José Antonio Millán y Susana Narotzky ilustran precisamente las posibilidades que ofrece una perspectiva histórica mediante un interesante recorrido por la metáfora “el discurso/discurrir es un hilo”. Aquí se tratará de profundizar (en la medida en que lo permite un trabajo de extensión limitada) en el universo simbólico que configura una metáfora concreta: “LA MUJER ES UN ANIMAL”,

teniendo en cuenta el enfoque histórico y atendiendo tanto a expresiones lingüísticas como a representaciones visuales.

“LA MUJER ES UN ANIMAL” puede verse plasmada en expresiones lingüísticas metafóricas del discurso ordinario como calificativos (*zorra, loba, perra, lagarta, lagartona, guarra, cerda, foca, vaca, cacatúa, cotorra, gatita*, etc.) y frases hechas (Es una *fiera* en la cama. Cayó en sus *garras*. Le sacó las *uñas*. *Lidió* con ella como pudo. Tiene que *atarla corta*. *Engatusó* a muchos hombres. Es una madre *cocodrilo*. Es una chica muy *dócil*. Le sedujo una *cazafortunas*. Nos estuvo *soltando su veneno*. Se libró de sus *redes*).

Aplicando el planteamiento de Lakoff y Johnson a este concepto metafórico, se utilizan las experiencias con otros animales para conceptualizar la categoría “mujer”, de tal manera que la manera de concebir las relaciones entre géneros conecta con dominios como la domesticación, la ganadería, la caza, la lucha con bestias como demostración de poder, la doma, el peligro de ser atacado por fieras, los estragos causados por las plagas, los riesgos del contacto con animales considerados portadores de enfermedades, etc. El concepto “mujer” se experimenta en términos del concepto “animal”, lo que implica que unos aspectos se destacan y otros se invisibilizan (LA MUJER ES UN ANIMAL desdibuja LA MUJER ES UNA PERSONA): es aquí donde radica el poder de la metáfora. De esta manera, se conforma un universo simbólico, o varios interrelacionados que, siguiendo a Douglas (1991), siempre se deben a interpretaciones de orden moral y político. Las metáforas animalizadoras afirman la humanidad propia y niegan la ajena, es decir, son deshumanizadoras y cosificadoras, por lo que forman parte de los procesos de categorización social ligándose a las nociones sobre la pureza y la impureza que maneja cada sociedad. Los individuos o los grupos catalogados como “animales” son expulsados de la categoría de “lo humano”, de lo socialmente aceptado o considerado normativo, con diversos grados: pueden ocupar puestos inferiores en la jerarquía o posiciones ambiguas en los márgenes, pero también pueden ser excluidos totalmente del sistema al ser etiquetados como representantes de una diferencia radical con la que no cabe posibilidad alguna de comunicación. Acabar con la humanidad del “otro” ha sido una herramienta habitual para legitimar la opresión, la esclavitud o el genocidio (caso de los

judíos, calificados por los nazis como *ratas* o *parásitos* y transportados a los campos de exterminio en trenes de ganado): “no se puede negar, denigrar, socavar, erosionar la semejanza sin que ello comporte abrir la puerta a la liquidación” (Frigolé, 2003, p.12). Cuando el enemigo es equiparado a una “cucaracha”, pisarle no supone un problema moral.

Esta metáfora refleja dos tensiones muy arraigadas en el ámbito occidental:

- 1) la procedente del dualismo entre mente/cuerpo, materia/espíritu, naturaleza/cultura, etc.;
- 2) la que se produce entre la singularidad del ser humano y la ubicación de su especie dentro del reino animal. La teoría de la evolución desterró la singularidad del ser humano propia del Génesis: este formaba parte, con el resto de los seres vivos, de un *continuum*, si bien para Darwin se distinguía de otros animales “superiores” por el elevado nivel de sus facultades morales e intelectuales (Velasco, 2013).

En lo que respecta a la primera, conlleva asociaciones entre lo femenino y lo material, lo terrenal o lo corporal, aspectos observados tradicionalmente como degradados por el pensamiento judeocristiano. La segunda tensión implica la consideración (desde una perspectiva androcéntrica) de la naturaleza femenina como esencialmente distinta de la masculina y situada en un escalón inferior. En los inicios de disciplinas como la antropología y la sociología, el evolucionismo (heredero de la idea ilustrada de progreso) fue “responsable de haber instalado la desigualdad al situar a las sociedades humanas en distintas etapas evolutivas y al tipificar como estadio y como estado mental el «primitivismo»”(Velasco, 2013, p.521). Pero el mecanismo del progreso no solo negaba la igualdad a otros pueblos que no habían alcanzado el desarrollo esperado, también a las clases sociales menos afortunadas y a las mujeres. Todo ello permite ver la complejidad de esta metáfora que combina lo estructural con lo orientacional, ya que se inserta en el sistema de metáforas espacializadoras que según Lakoff y Johnson relacionan (en la cultura occidental) lo positivo con la orientación hacia arriba.

Por ejemplo, las representaciones artísticas de la “mujer fatal” de finales del XIX y principios del XX ilustran el uso de esta metáfora en una fructífera iconografía. Como estereotipo visual y literario se nutrió de numerosas referencias y juegos intertextuales (entre ellas, alusiones mitológicas, reformulando figuras míticas como Lilith, las sirenas, las lamias, las empuzas, etc.) para generar una imagen compleja de la “maldad femenina” que jugaba, entre otras, con ideas derivadas de “LA MUJER ES UN ANIMAL” como:

- la mujer es una “depredadora”;
- la mujer es una “plaga”;
- la mujer es un ser “monstruoso” e “híbrido”.

En las Figuras 1 y 2 la mujer depredadora ocupa una posición inferior hacia la cual trata de arrastrar a su víctima mediante la seducción y el engaño: la vinculación entre *mujer-serpiente-abajo* remite iconográficamente a la figura mitológica de la lamia, a la impureza asociada a la serpiente en la tradición judeocristiana –mencionada por Douglas (1991) en su reflexión sobre las reglas de pureza/impureza del Levítico– y al episodio de la tentación de Eva, causante de la Caída del hombre.



Figura 1 (izq.). *Lamia* de John William Waterhouse (versión de 1905), donde su naturaleza de serpiente está camuflada en el ropaje.

Figura 2 (dcha.). *Al borde del abismo* (hacia 1890) de Jean-Baptiste Augustin Nemoz. La condición animal se expresa por medio de la pose serpenteante y la compañía del reptil.



En la Figura 3 la figura femenina adopta un papel activo y dominante, situándose encima del hombre para devorarlo, lo que enfatiza la subversión de roles de género (con el rechazo de la pasividad, de la subordinación femenina y de la condición maternal y nutricia de la mujer como principales transgresiones). Por el contrario, la Figura 4 plasma las cosas “tal y como deben ser”, con la espiritualidad (masculina) poniendo freno al instinto animal (femenino). Todas estas imágenes juegan a nivel compositivo con la metáfora orientacional expuesta por Lakoff y Johnson “activo es arriba y pasivo es abajo” (p.62), coherente con otras como “lo bueno es arriba; lo malo es abajo” (p.53) o “lo racional es arriba; lo emocional es abajo” (p.54).



Figura 3
(izq.). *El beso de la esfinge*
(1895) de
Franz von
Stuck.

Figura 4
(dcha.). *El encuentro del ángel con la animalidad*
(1889) de
Fernand
Khnopff.



En el panorama artístico e intelectual de fin de siglo la mujer fatal encuentra su asociación más fértil con la figura de la prostituta, retratada no solo como devoradora de hombres (a los que consume física, moral y económicamente) sino también como plaga; en ambos casos, su exterior hermoso oculta un interior horripilante. Así por ejemplo Zola describe a Naná (personaje que da título a su novela de 1880) como una Venus rubia cuyo sexo es “una bestia de oro, inconsciente como una fuerza y cuyo solo aroma envilecía al mundo” (1984, p.169). La prostituta se convierte en un ser peligroso y contaminante que porta el pecado, la corrupción y las enfermedades, principalmente las

venéreas (Figuras 5 y 6). De todas ellas, la que alcanzó más entidad fue la sífilis, observada como “el resultado de transgresiones sexuales” y causante por tanto de “pánico moral” (Showalter, 2010, p.188). Las “afinidades de la mujer con la bestia” y sus consecuencias morales no solamente constituyeron un tema artístico, sino que tuvieron su correlato en el ámbito científico, caso de las afirmaciones de Lombroso y Ferrero “sobre los rasgos animales visibles en la fisonomía de la mujer criminal” (Bornay, 1990, p.295), cuyo paradigma es la prostituta. En *Los criminales*, Lombroso (s.f.) recoge los estudios antropométricos de Pauline Tarnowsky, de los que se extrae la siguiente jerarquización en función de la capacidad craneal: de menor a mayor, “mujeres públicas”, “ladronas”, “campesinas” y “damas de la buena sociedad” (p.27); también considera que las primeras son las que poseen mayores “señales de degeneración física y psíquica” (p.30).



Figura 5 (izq.). *Istar* (1888) de Fernand Khnopff, representa a la diosa babilónica del amor cuyo culto implicaba prostitución sagrada.

Figura 6 (dcha.). *Parodie humaine* (entre 1878 y 1881) de Félicien Rops.



Las explicaciones científicas decimonónicas sobre los problemas sociales, de higiene o de salud pública configuran una visión determinada de cómo debe estructurarse la sociedad, componiendo una especie de corpus ideológico al que pueden aplicarse las nociones transculturales de “pureza” y “peligro”,

según Douglas “argumentos contundentes que siempre se manejan en los diálogos que todas las comunidades mantienen acerca de sus propias bases fundacionales” (1991, p.XXIII). Esta antropóloga británica se posicionó contra los planteamientos que observaban la dinámica entre pureza/peligro como exclusiva de los pueblos denominados “primitivos”: más al contrario, para ella se trata de una lógica que organiza las clasificaciones simbólicas y las relaciones sociales en todas las sociedades (Velasco y Sama, 2019). Ello implicaba reflexionar sobre la historia de la antropología: negar la existencia de una mentalidad específica “premoderna” (que fue defendida por autores como Lévy-Bruhl) y cuestionar algunas interpretaciones del campo de la psicología y del psicoanálisis, apoyadas en el supuesto (o más bien prejuicio) de que “las culturas primitivas corresponden a las etapas infantiles en el desarrollo de la psique humana” (p.133). Douglas rechaza oposiciones simplistas entre primitivo/civilizado, superstición/ciencia o irracionalidad/racionalidad, interesándose por la “manipulación política del peligro” en las sociedades occidentales (p.XVII) y la importancia de la ciencia como justificación de las más diversas ideologías.

De esta manera, la subordinación femenina es legitimada científicamente en virtud del determinismo fisiológico, que establecía la inferioridad física y mental de la mujer. Dijkstra (1994) recoge diversas manifestaciones del biosexismo imperante, entre ellas la interpretación de la noción darwinista de reversión: el miedo a que el progreso se detuviera o, peor aún, involucionara a causa de la degeneración (observada en términos de “desorden”). Los peligros de la contaminación se extienden a todas las mujeres, si bien unas son más



Figura 7. Postal de Bamforth & Co. Publishers (1910). Palczewski, Catherine H. Postcard Archive. University of Northern Iowa. Cedar Falls, IA.

peligrosas que otras al amenazar de forma más directa el orden social. Mientras la civilización venía acompañada de una total diferenciación sexual, “los especímenes de degeneración femenina más pronunciados mostraban [...] tendencias masculinizantes” (p.212). Todo lo que implicara el alejamiento de los roles de esposa y madre resultaba peligroso, lo que puso el foco en la figura de la *New Woman*, que amalgamaba las reivindicaciones de las pioneras del feminismo, que reclamaban un espacio propio en el ámbito público (saliendo por tanto del territorio considerado propio de la mujer, el hogar) y luchaban por derechos como el acceso a la educación o el sufragio (Figura 7). Según Showalter (2010), especialmente en las dos últimas décadas del siglo XIX “hubo mucho miedo de que las mujeres emancipadas tuvieran hijos en uniones libres fuera del matrimonio, o peor aún, de que no tuvieran hijos en absoluto” (p.3).

Todas las imágenes anteriores redundan en la cualidad monstruosa de la mujer (a veces explicitada a través de híbridos fabulosos, caso de las Figuras 3 y 4), que radica en transgredir la jerarquía establecida y considerada natural, en rebasar las fronteras que le corresponden, es decir, “en su condición de anomalías o excepciones clasificatorias” (Delgado, 2017, párr.2). Frente a las desviaciones, el modelo de femineidad ideal personificado en el “ángel del hogar” y el “culto a la *domesticidad*” (principalmente dirigido a la burguesía y a las clases altas) ponía énfasis en su pureza, virtud y *docilidad*, redundando una vez más en la metáfora animalizadora. La sombra de la monstruosidad se cernía sobre todas las mujeres: consideradas más “animales” que el varón (débiles, irracionales, emotivas, dominadas por los impulsos de su útero, etc.) representaban un estado ambiguo, una anomalía



Figura 8. *A virgin* (1892-1893) de Abbott Handerson Thayer.

con respecto al hombre, una especie de animal disfrazado de humano. En este sentido, los requisitos para alcanzar la posición de “ángel” (confinamiento en los límites del espacio privado, dedicación exclusiva al hogar, sumisión y obediencia a la autoridad masculina) pueden interpretarse no solamente como normas para excluir a las mujeres de la vida pública, sino también como reglas para contener la impureza. Porque la mujer no solo ejercía el rol de hija, esposa y madre abnegada, sino que también era el custodio del honor y de la reputación familiar, por lo que era necesario protegerla de sí misma para proteger a toda la institución (al mismo tiempo, la misión de guardar la moral y el cuidado familiar se ofrecieron persuasivamente como el propósito más elevado que podía tener una mujer). En este sistema la virginidad adquiere un importante valor simbólico (Figura 8), estando acompañada de otros elementos relacionados con el rechazo de lo carnal que, en sus interpretaciones más extremas, componen lo que Dijkstra (1994) denomina “culto a la invalidez y la muerte”: “¿Qué mejor garantía de la pureza, después de todo, que el rostro pálido y tísico de una mujer desvaneciéndose en un paroxismo de abnegación, en la nada?” (p.23). Estos tratamientos del cuerpo femenino ilustran la interacción entre el cuerpo físico y el cuerpo social desarrollada por Douglas en *Símbolos naturales*, a la que posteriormente se sumará la dimensión del cuerpo político inspirada en Foucault (Velasco y Sama, 2019).

Este breve recorrido por el sistema conceptual generado por una metáfora determinada en un momento histórico concreto permite comprobar la efectividad de la metáfora a la hora de estructurar pensamientos y prácticas. Como enfatizan Lakoff y Johnson, ser conscientes de su capacidad para configurar realidades sociales implica no solo “darse cuenta de que la manera en que hemos sido enseñados a percibir nuestro mundo no es la única” (p.283), sino también de que “la gente que está en el poder consigue imponer sus metáforas” (p. 199), construyendo sus propias visiones de la “realidad” y de la “verdad”. Es por ello que, siguiendo a estos autores, el cambio social pasa por la necesidad de sustituir unas metáforas por otras: si se desea la igualdad, es necesario desembarazarse del universo simbólico conformado por aquellas que (como las animalizadoras o cosificadoras) naturalizan la desigualdad. Por último, la importancia central concedida a la dimensión experiencial humana,

que es la que sustenta toda metáfora, posibilita la superación de los viejos dualismos mente/cuerpo o razón/emoción (en *Filosofía en la carne*, Lakoff y Johnson avanzarán en esta dirección mediante el concepto de “mente incorporada”), sobre los cuales reposan precisamente metáforas conceptuales que, como “LA MUJER ES UN ANIMAL”, se basan en la connotación negativa de los aspectos corporales (especialmente cuando son referidos a la anatomía femenina).

Referencias bibliográficas

- Bornay, E. (1990). *Las hijas de Lilith*. Madrid: Cátedra.
- Delgado, M. (2017). Somos la proyección de nuestra sombra. *El cor de les aparences, Bloc de Manuel Delgado*
[<http://manueldelgadoruiz.blogspot.com/2017/02/somos-la-proyeccion-de-nuestra-sombra.html>].
- Dijkstra, B. (1994). *Ídolos de perversidad: La imagen de la mujer en la cultura de fin de siglo*. Madrid: Debate.
- Douglas, M. (1991). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI.
- Frigolé Reixach, J. (2003). *Cultura y genocidio*. Barcelona: Edicions Universitat Barcelona.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2004). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Epílogo de la edición actualizada: “Afterword, 2003”. En *Metaphors We Live By* (pp. 243-276). Chicago: University of Chicago Press.
- Lombroso, C. (s.f.). *Los criminales*. Barcelona: Centro Editorial Presa.
- Showalter, E. (2010). *Sexual Anarchy: Gender and Culture at the Fin de Siècle*. London: Virago.
- Taylor, C. (2017). *Animal de lenguaje: Hacia una visión integral de la capacidad humana de lenguaje*. Madrid: Rialp.
- Velasco Maílló, H.M. (2013). *Hablar y pensar, tareas culturales*. Madrid: UNED.
- Velasco Maílló, H.M. y Sama Acedo, S. (2019). *Cuerpo y espacio*. Madrid: UNED.
- Zola, É. (1984). Naná. Madrid: Sarpe.

